

HERNANDO
COLÓN

HISTORIA
DEL
ALMIRANTE

Prólogo de Pedro Insua

«A esta *Historia del Almirante* le debemos mucho de lo que sabemos sobre el gran descubridor. Incluidos los detalles de los primeros años de la vida de Colón y muchos de sus viajes, así como la parte más íntima y profunda de su vida.»

Edward Wilson-Lee,
Memorial de los libros naufragados

Ariel



Hernando Colón

HISTORIA DEL ALMIRANTE

Prólogo de PEDRO INSUA

Traducción, introducción y notas de

MANUEL Carrera Díaz

Ariel

Primera edición en esta presentación: enero de 2020
Edición anterior: 2003

© 2003, Manuel Carrera Díaz, por la traducción, introducción y notas

Derechos exclusivos de edición en español:
© Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
Editorial Ariel es un sello editorial de Planeta, S. A.
www.ariel.es

ISBN: 978-84-344-3165-2
Depósito legal: B. 26.305-2019

Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

ÍNDICE

Prólogo especial para esta edición, de PEDRO INSUA	1
Introducción, de MANUEL CARRERA DÍAZ	9

HISTORIA DEL ALMIRANTE

Al muy magnífico señor Baliano de Fornari, de Giuseppe Moletto . . .	25
Historia de Don Hernando Colón, en la que se da detallada y auténtica relación de la vida y hechos del Almirante Don Cristóbal Colón, su padre; y del descubrimiento que éste hizo de las Indias Occidentales, denominadas Nuevo Mundo, ahora en posesión de Su Majestad el Rey de España. Traducida recientemente del español al italiano por el señor Alfonso Ulloa	29
Proemio del autor	29
CAPÍTULO I. De la patria, origen y nombre del Almirante Cristóbal Colón	31
CAPÍTULO II. De quiénes fueron el padre y la madre del Almirante, y la calidad de los mismos. Y la falsa relación que un cierto Gjustiniani hace de su ejercicio antes de que consiguiese el título de Almirante	35
CAPÍTULO III. De la disposición física del Almirante, y las ciencias que aprendió	39
CAPÍTULO IV. De los ejercicios en los que se ocupó el Almirante antes de llegar a España	41

CAPÍTULO V. De la llegada del Almirante a España, y lo que sucedió en Portugal, que fue la causa del descubrimiento que hizo de las Indias	45
CAPÍTULO VI. De la principal razón que movió al Almirante a creer que podía descubrir las Indias	49
CAPÍTULO VII. De la segunda causa que movió al Almirante a descubrir las Indias	51
CAPÍTULO VIII. De las cartas de Paolo, físico florentino, al Almirante, sobre el descubrimiento de las Indias	55
CAPÍTULO IX. De la tercera razón e indicio que de alguna manera incitó al Almirante a descubrir las Indias	59
CAPÍTULO X. Donde se demuestra que es falso que los españoles hubieran conquistado antiguamente las Indias, como Gonzalo [Fernández] de Oviedo se esfuerza en demostrar en su Historia	65
CAPÍTULO XI. De cómo el Almirante se indispuso con el rey de Portugal con motivo del descubrimiento de las Indias que le ofreció	73
CAPÍTULO XII. De la marcha del Almirante de Portugal, y de los tratos que tuvo con los reyes católicos don Fernando y doña Isabel	77
CAPÍTULO XII. De cómo el Almirante, al no ponerse de acuerdo con los reyes de Castilla, decidió acudir a ofrecer su empresa [a Francia]	81
CAPÍTULO XIII. De cómo el Almirante volvió al real de Santa Fe y se despidió de los reyes, sin llegar a acuerdo alguno con ellos	83
CAPÍTULO XIV. De cómo los Reyes Católicos mandaron volver al Almirante y le concedieron cuanto pedía	85
CAPÍTULO XV. De cómo el Almirante armó tres carabelas para acometer la empresa del descubrimiento	87
CAPÍTULO XVI. De cómo el Almirante llegó a las Canarias, donde se aprovisionó cumplidamente de todo lo que necesitaba	89
CAPÍTULO XVII. De cómo el Almirante zarpó de Gran Canaria para proseguir o dar principio a su descubrimiento, y de lo que en el Océano ocurrió	93
CAPÍTULO XVIII. De cómo todos iban muy atentos a los signos que veían en el mar, deseando llegar a tierra	97

CAPÍTULO XIX. De cómo la gente murmuraba deseando volver atrás, y cómo al ver otros signos y señales de tierra, avanzó con gran júbilo hacia ella	99
CAPÍTULO XX. De cómo no sólo vieron los indicios y señales anteriores, sino otros mejores, lo que les dio algo de aliento	103
CAPÍTULO XXI. De cómo el Almirante descubrió la primera tierra, que fue una isla de las Lucayas	107
CAPÍTULO XXII. De cómo el Almirante bajó a tierra y tomó posesión de ella en nombre de los Reyes Católicos	109
CAPÍTULO XXIII. De las características y costumbres de aquella gente, y lo que el Almirante vio en aquella isla	111
CAPÍTULO XXIV. De cómo el Almirante dejó aquella isla y fue a explorar otras	113
CAPÍTULO XXV. De cómo el Almirante pasó a las otras islas que desde allí se veían	117
CAPÍTULO XXVI. De cómo el Almirante descubrió la isla de Cuba, y de lo que en ella encontró	119
CAPÍTULO XXVII. De cómo regresaron los dos cristianos, y lo que contaron que habían visto	121
CAPÍTULO XXVIII. De cómo el Almirante dejó de seguir la costa occidental de Cuba y se dirigió hacia oriente, rumbo a La Española	123
CAPÍTULO XXIX. De cómo el Almirante volvió a seguir su ruta hacia oriente en demanda de La Española, separándose de él uno de los barcos	125
CAPÍTULO XXX. De cómo el Almirante pasó a La Española, y de lo que en ella vio	129
CAPÍTULO XXXI. De cómo se presentó en los barcos el principal rey de aquella isla, y de la grandeza con que venía	133
CAPÍTULO XXXII. De cómo el Almirante perdió su barco en unos bajos por negligencia de los marineros, y de la ayuda que le prestó el rey de aquella isla	137

CAPÍTULO XXXIII. De cómo el Almirante decidió poblar donde vivía aquel rey, llamando al poblado Navidad	141
CAPÍTULO XXXIV. De cómo el Almirante partió para Castilla y encontró a la otra carabela con Pinzón	143
CAPÍTULO XXXV. De cómo en la bahía de Samaná, en La Española, se produjo la primera escaramuza entre los indios y los cristianos	145
CAPÍTULO XXXVI. De cómo el Almirante zarpó para Castilla, y cómo, debido a un fuerte temporal, se separó de él la carabela <i>Pinta</i> ...	149
CAPÍTULO XXXVII. De cómo el Almirante llegó a las Azores y los de la isla de Santa María le capturaron la lancha con la gente	153
CAPÍTULO XXXVIII. De cómo el Almirante corrió otro temporal y por fin recuperó a la gente con la lancha	155
CAPÍTULO XXXIX. De cómo el Almirante abandonó las islas Azores y llegó con temporal a Lisboa	159
CAPÍTULO XL. De cómo los lisboetas acudían a ver al Almirante como si se tratara de algo asombroso, y cómo él fue a visitar al rey de Portugal	161
CAPÍTULO XLI. De cómo el Almirante salió de Lisboa para dirigirse a Castilla por mar	165
CAPÍTULO XLII. De cómo se decidió que el Almirante volviese con una gran armada a poblar La Española, y se logró del Papa la aprobación de la conquista	167
CAPÍTULO XLIII. De los privilegios concedidos por los Reyes Católicos al Almirante	169
CAPÍTULO XLIV. De cómo el Almirante salió de Barcelona para Sevilla, y de Sevilla para La Española	175
CAPÍTULO XLV. De cómo el Almirante zarpó de Gomera y, atravesando el Océano, descubrió las islas de los caribes	177
CAPÍTULO XLVI. De cómo el Almirante descubrió la isla de Guadalupe, y de lo que en ella vio	179
CAPÍTULO XLVII. De cómo el Almirante salió de la isla de Guadalupe, y de algunas islas que encontró por el camino	183

CAPÍTULO XLVIII. De cómo el Almirante llegó a La Española, donde supo de la muerte de los cristianos	185
CAPÍTULO XLIX. De cómo el Almirante fue a la villa de Navidad y la encontró quemada y abandonada, y de su entrevista con el rey Guacanagarí	187
CAPÍTULO L. De cómo el Almirante dejó el poblado de Navidad y fue a poblar la ciudad que él denominó Isabela	191
CAPÍTULO LI. De cómo el Almirante llegó a la región de Cibao, donde encontró las minas de oro y levantó el fuerte de Santo Tomás . . .	195
CAPÍTULO LII. De cómo el Almirante volvió a la Isabela, descubriendo que su tierra era muy fértil	197
CAPÍTULO LIII. De cómo el Almirante dejó ordenadas las cosas de la isla y marchó a explorar la isla de Cuba, pensando que se trataba de tierra firme	201
CAPÍTULO LIV. De cómo el Almirante descubrió la isla de Jamaica . . .	203
CAPÍTULO LV. De cómo el Almirante regresó de Jamaica para explorar la costa de Cuba, creyendo sin embargo que se trataba de tierra firme	205
CAPÍTULO LVI. De cómo el Almirante sufrió grandes penalidades y trabajos navegando entre infinitas islas	209
CAPÍTULO LVII. De cómo el Almirante regresó a La Española	211
CAPÍTULO LVIII. De la hambruna y los sufrimientos que pasaron el Almirante y sus hombres, y de cómo regresó a Jamaica	213
CAPÍTULO LIX. De cómo el Almirante exploró la parte meridional de La Española, hasta que volvió por oriente al fuerte Navidad . . .	215
CAPÍTULO LX. De cómo el Almirante sometió a La Española y de lo que dispuso para sacar utilidad de ella	219
CAPÍTULO LXI. De algunas cosas vistas en la isla, y de las costumbres, ceremonias y religión de los indios	225
CAPÍTULO LXII. De cómo el Almirante volvió a España a dar cuenta a los Reyes Católicos del estado en que había dejado la isla . . .	247

CAPÍTULO LXIII. De cómo el Almirante partió de la isla de Guadalupe para Castilla	251
CAPÍTULO LXIV. De cómo el Almirante llegó a la corte. Y de la expedición que para su vuelta a la India le dieron los reyes	253
CAPÍTULO LXV. De cómo el Almirante partió de Castilla para descubrir la tierra firme de Paria	255
CAPÍTULO LXVI. De cómo el Almirante zarpó de las islas de Cabo Verde en demanda de tierra firme; del gran calor que sufrió, y de la claridad que traían consigo los vientos del norte	259
CAPÍTULO LXVII. De cómo el Almirante descubrió la isla de Trinidad y avistó tierra firme	263
CAPÍTULO LXVIII. De cómo el Almirante fue a la punta del Arenal y una canoa acudió a hablarle	265
CAPÍTULO LXIX. Del peligro que corrieron los barcos al pasar por la Boca de la Sierpe, y de cómo se halló Paria, que fue el primer descubrimiento de tierra firme	267
CAPÍTULO LXX. De cómo en Paria encontró indicios de oro y perlas, así como gentes de buen trato	269
CAPÍTULO LXXI. De cómo el Almirante salió por la Boca del Dragón, y del peligro que corrió	271
CAPÍTULO LXXII. De cómo el Almirante atravesó de tierra firme a La Española	273
CAPÍTULO LXXIII. De la rebelión y alborotos que el Almirante encontró en La Española, originados por la maldad de Roldán, al que había dejado allí como alcalde mayor	275
CAPÍTULO LXXIV. De cómo Roldán trató de sublevar la villa de la Concepción y saqueó la Isabela	279
CAPÍTULO LXXV. De cómo Roldán incitó a los indios de la región contra el Adelantado y se marchó con sus hombres a Xaraguá ...	283
CAPÍTULO LXXVI. De cómo llegaron de Castilla unos barcos con provisiones y socorros	285

CAPÍTULO LXXVII. De cómo los tres barcos que el Almirante mandó desde las Canarias llegaron al lugar de la sedición	287
CAPÍTULO LXXVIII. De cómo los capitanes encontraron al Almirante en Santo Domingo	289
CAPÍTULO LXXIX. De cómo Roldán fue a ver al Almirante, no llegando a ningún acuerdo con él	295
CAPÍTULO LXXX. Del acuerdo establecido entre el Almirante y Roldán y los demás amotinados	297
CAPÍTULO LXXXI. De cómo, una vez establecido el acuerdo, los rebeldes fueron a Xaraguá diciendo que querían embarcarse en los navíos que les enviara el Almirante	301
CAPÍTULO LXXXII. De cómo los sublevados decidieron no ir a Castilla y establecieron un nuevo acuerdo con el Almirante	303
CAPÍTULO LXXXIV. De cómo al volver Hojeda del descubrimiento, originó nuevas revueltas en La Española	305
CAPÍTULO LXXXV. De cómo, por las falsas informaciones e infundadas quejas de algunos, los Reyes Católicos enviaron un juez para averiguar lo que ocurría	311
CAPÍTULO LXXXVI. De cómo el Almirante fue preso y mandado en grillos a Castilla junto con sus hermanos	313
CAPÍTULO LXXXVII. De cómo el Almirante fue a la corte a rendir cuentas a los Reyes Católicos	317
CAPÍTULO LXXXVIII. De cómo el Almirante salió de Granada hacia Sevilla para organizar la escuadra que necesitada para su exploración	321
CAPÍTULO LXXXIX. De cómo el Almirante partió de La Española, prosiguiendo su viaje, y descubrió las islas Guanajas	325
CAPÍTULO XC. De cómo el Almirante no quiso ir a La Española, sino regresar hacia oriente en busca de Veragua y el estrecho de la tierra firme	329
CAPÍTULO XCI. De cómo el Almirante fue desde la costa de la Oreja al cabo de Gracias a Dios, llegando luego a Cariay, y de lo que allí hizo y vio	333

CAPÍTULO XCII. De cómo el Almirante salió de Cariay rumbo a Cerobaró y Veragua avanzando hasta llegar a Portobelo, viaje éste que se hacía bordeando una costa muy fértil	337
CAPÍTULO XCIII. De cómo el Almirante llegó al Puerto de Bastimentos y a Nombre de Dios, subiendo hasta que entró en el de Retrete	341
CAPÍTULO XCIV. De cómo, obligado por los temporales, el Almirante regresó a occidente para obtener información de las minas y conseguir datos de Veragua	343
CAPÍTULO XCV. De cómo el Almirante se adentró con sus barcos en el río Belén y decidió construir allí un poblado, dejando en el lugar a su hermano el Adelantado	347
CAPÍTULO XCVI. De cómo el Adelantado visitó algunos poblados de la provincia, y de las cosas y costumbres de la gente de aquel territorio	351
CAPÍTULO XCVII. De cómo para seguridad del poblado cristiano se encarceló a Quibio y a muchos hombres notables, y cómo por negligencia consiguió escapar	355
CAPÍTULO XCVIII. De cómo, después de que el Almirante saliera de Belén rumbo a Castilla, asaltó Quibio el poblado de los cristianos, refriega ésta en la que hubo muchos muertos y heridos	359
CAPÍTULO XCIX. De cómo se escaparon los indios de los barcos en los que iban presos, y de cómo el Almirante supo de la derrota de los de tierra	363
CAPÍTULO C. De cómo el Almirante recogió a los hombres que había dejado en Belén, y de cómo luego atravesamos hasta Jamaica	365
CAPÍTULO CI. De cómo el Almirante envió con canoas, desde Jamaica a La Española, a dar aviso de que se hallaba allí perdido con sus hombres	369
CAPÍTULO CII. De cómo los Porras se sublevaron con gran parte de sus hombres contra el Almirante, diciendo que se marchaban a Castilla	373
CAPÍTULO CIII. De lo que el Almirante hizo cuando los rebeldes marcharon a La Española, y del ingenio con que se valió de un eclipse	377

CAPÍTULO CIV. De cómo entre los que se habían quedado con el Almirante surgió también una conjura, que se calmó con la llegada de un carabelón desde La Española	379
CAPÍTULO CV. De cómo se supo lo que les había acontecido a Diego Méndez y a Fieschi en su viaje	381
CAPÍTULO CVI. De cómo los sublevados se volvieron contra el Almirante, sin aceptar acuerdo alguno	385
CAPÍTULO CVII. De cómo, al llegar los rebeldes junto a los navíos, salió el Adelantado a combatir con ellos e hizo prisionero a Porras, su capitán	387
CAPÍTULO CVIII Y ÚLTIMO. De cómo el Almirante viajó a La Española y luego a Castilla, siendo en Valladolid llevado por Nuestro Señor a su santa gloria	391
Índice de nombres propios	395
Índice de topónimos	401

CAPÍTULO I

DE LA PATRIA, ORIGEN Y NOMBRE DEL ALMIRANTE CRISTÓBAL COLÓN

Dado que una de las principales circunstancias en la historia de todo hombre sabio es que se sepa su patria y origen, ya que suelen gozar de más estimación los que proceden de grandes ciudades y nobles progenitores, algunos pretendían que yo me dedicase a explicar que el Almirante provenía de noble estirpe, pese a que sus antepasados, por infortunios del destino, hubiesen caído en la necesidad y la pobreza; que indicase que sus orígenes se remontaban a aquel Colón de quien Cornelio Tácito, al comenzar el duodécimo libro de su obra, dice que había llevado prisionero a Roma al rey Mitridates, lo que motivó que el pueblo romano les concediese a los Colón las dignidades consulares, las águilas y el tribunal o tienda consular;⁸ y querían que destacase bien a los otros dos ilustres Colones, parientes suyos, cuya gran victoria contra los venecianos describe Sabellico,⁹ como referiremos en el quinto capítulo de esta obra.

Yo, sin embargo, no quise tomarme ese trabajo, pensando que él había sido elegido por nuestro Señor para hacer algo tan grande como lo que llevó a cabo, y que como había de ser tan verdadero apóstol suyo como en efecto lo fue, quiso que en esto se asemejara a los otros, a los cuales, para publicar su nombre, los eligió del mar y de la ribera, y no de alturas y palacios, e incluso que lo imitase a él mismo, el cual, siendo sus antepasados de la real sangre de Jerusalén, prefirió que sus padres apenas fueran conocidos. De modo que, cuanto más apto y capacitado estaba para la gran empresa, tanto menos quiso que su patria y origen fuesen conocidos.

8. Hay varios errores históricos en estas pocas líneas. El apellido romano no era Colón, sino Cilo, que hubiera dado, en todo caso, Cilón. Tácito no habla de Mitridates, sino de un descendiente suyo que fue llevado prisionero a Roma por Junius Cilo, al que se otorgaron las insignias consulares, mientras que las pretorianas le fueron concedidas a otro capitán romano, Julius Aquila.

9. El historiador veneciano Marco Antonio Sabellico. Esos Colones son dos corsarios franceses que en realidad no tuvieron relación alguna de parentesco con el Almirante.

Por ese motivo, algunos que quieren oscurecer su fama dicen que procedía de Nervi, otros de Cugureo¹⁰ y otros de Bugiasco, pueblos pequeños situados todos ellos cerca de la ciudad de Génova y en su misma ribera. Otros que quieren ensalzarlo más dicen que era de Savona, o de Génova; los más exaltados lo hacen de Plasencia,¹¹ ciudad en la que viven algunas honradas personas de su familia, y donde hay sepulturas con armas y epitafios de Colombo, pues éste era el apellido usado por sus mayores, si bien él, por adaptarse a la patria a la que fue a vivir y comenzar nuevo estado, limó el vocablo para que se conformase con el antiguo,¹² diferenciando a los que de él procedían con respecto a todos los demás, que eran colaterales, y tomó el nombre de *Colón*.

Considerando esto, me convencí de que, de la misma manera que la mayor parte de sus actos fueron realizados por algún misterioso designio, tampoco lo que se refiere a tal nombre y apellido se produjo al azar. Podríamos aducir el ejemplo de muchos nombres que, no sin oculta causa, fueron puestos como indicio del efecto que iba a derivarse, como si se tratara de pronosticar las maravillas y novedades de lo que llevaron a cabo. Así, si nos fijamos en el común apellido de sus antepasados, diremos que verdaderamente fue *Colombo*,¹³ puesto que llevó la gracia del Espíritu Santo al Nuevo Mundo que descubrió, mostrando, como en el bautismo de san Juan Bautista el Espíritu Santo bajo figura de paloma mostró, al hijo amado de Dios a quien allí no conocían; y porque, como la paloma de Noé, llevó también sobre las aguas del Océano el olivo y el óleo del bautismo para que pacíficamente se integraran en la Iglesia aquellas gentes que hasta entonces estaban encerradas en el arca de las tinieblas y la confusión.

Consiguientemente, le vino a propósito el apellido Colón, que él volvió a renovar. Porque en griego significa «miembro», y así, teniendo como nombre de pila Cristóbal, se sabía de quién era miembro, es decir, de Cristo, por quien iba a ser mandado entre aquellas gentes para la salvación de las mismas.

Y si traducimos su nombre a la forma latina, es decir, como *Christophorus Colonus*, diremos que, de la misma manera que se dice que San Cristóbal se llamó así porque pasaba a Cristo —y de ahí el nombre de Cristóbal— por aguas profundas con gran peligro, al igual que a otras gentes a las que nadie más hubiera sido capaz de llevar, así el Almirante *Christophorus Colonus*, invocando la ayuda de Cristo ante

10. O Cogoletto.

11. Piacenza, en Lombardia.

12. Es decir, con el romano.

13. «Colombo» significa, en italiano, *palomo/a*.

el peligro de la travesía, hizo el viaje junto con sus ministros para convertir a los indios en *Colones*¹⁴ y moradores de la Iglesia triunfante de los cielos; y es de creer que muchas almas a las que Satanás ya consideraba como suyas por no haber quien las pasase por el agua del bautismo, fueron convertidas por él en Colones y en moradoras de la eterna gloria del Paraíso.

14. «Miembros [de la Iglesia].»

CAPÍTULO II

DE QUIÉNES FUERON EL PADRE Y LA MADRE DEL ALMIRANTE, Y LA CALIDAD DE LOS MISMOS. Y LA FALSA RELACIÓN QUE UN CIERTO GIUSTINIANI HACE DE SU EJERCICIO ANTES DE QUE CONSIGUIESE EL TÍTULO DE ALMIRANTE

Dejando ya la etimología, derivación y significado del nombre del Almirante, y pasando a las calidades y personas de sus padres, diré que, aunque fueron virtuosos, al haber caído a causa de las guerras y abusos ocurridos en Lombardía¹⁵ en la necesidad y la pobreza, no he podido saber cómo y dónde vivían, si bien el propio Almirante advierte en una carta que su modo de vida y el de sus mayores siempre tuvo que ver con el mar. Para averiguarlo, al pasar yo por Cugureo¹⁶ traté de obtener información de dos hermanos apellidados Colombo, que eran los más ricos del lugar y de quienes se decía que tenían cierto parentesco con él; pero, sobrepasando el menos viejo de ellos los cien años, no pudieron darme noticias de ello.

Pero esto no redundará en menor gloria para los que de su sangre procedemos. Prefiero que a nosotros toda la gloria nos venga de su persona y no de andar averiguando si su padre fue mercader o si cazaba con halcón; gentes así las ha habido a miles en todas partes, y a los tres días fueron olvidadas hasta por sus mismos vecinos y parientes, sin que se recuerde siquiera que vivieron. Por eso considero que me daría menos lustre esa fama y nobleza que la gloria que me viene de semejante padre.

Puesto que para sus grandes hechos no tuvo necesidad de las riquezas de sus mayores —las cuales, como la pobreza, no son producto de la valía personal, sino de la fortuna—, al menos por su fama y su capacidad los escritores no hubieran debido incluirlo por su profesión entre las gentes mecánicas y las que ejercían oficios manuales. Aunque alguno así lo ha pretendido afirmar, basándose en lo escrito por un

15. El topónimo *Lombardía* se atribuía en aquella época a toda la Italia septentrional.

16. Probablemente, en 1520-1521.

cierto Agostino Giustiniani¹⁷ en una crónica suya, no seré yo quien se ponga a negarlo, buscando la manera de demostrar con pruebas lo contrario: de la misma manera que para aclarar y averiguar lo que hoy ya no está en la memoria de los hombres no es texto de fe ni Evangelio lo que Giustiniani escribe, tampoco lo sería el que yo dijese que les había oído a mil lo contrario. Ni intentaré demostrar su falsedad valiéndome de las historias que otros han escrito sobre don Cristóbal, sino con las palabras y el testimonio del propio autor, en el que se verifica ese dicho según el cual *Mendacem oportet esse memorem*, es decir, que el mentiroso ha de tener memoria, porque, si carece de ella, llegará a contradecir lo que antes afirmó. Es lo que le ocurre a Giustiniani, quien en su comparación de las cuatro lenguas del *Salterio*, al llegar al versículo *In omnem terram exivit sonus eorum*, dice lo siguiente:

Este Cristóbal Colón, tras aprender en su tierna infancia los rudimentos de las letras, al llegar a adulto se dio al arte de navegar y pasó a Lisboa, en Portugal, donde aprendió cosmografía, que le fue enseñada por un hermano suyo que allí hacía cartas de marear. Valiéndose de esto, de lo que les había oído a los que iban a San Jorge de la Mina de Portugal, en África, y de lo que había leído en los cosmógrafos, juzgó que podía viajar a las tierras que descubrió.

Con lo dicho resulta evidente que no ejerció artes mecánicas o manuales, puesto que dice que pasó su infancia aprendiendo las letras y dedicó su juventud a la náutica y la cosmografía, y su época adulta a los descubrimientos. Así que el propio Giustiniani se demuestra un falso historiador y se evidencia como desconsiderado, parcial y maligno paisano. Hablando de tan señalada persona, que tanta honra aportó a su patria, de la que el propio Giustiniani se hizo cronista y redactor de su historia, aunque los padres del Almirante fuesen personas plebeyas, hubiera sido más honrado que se refiriese a sus orígenes con las palabras que otros autores usan en tal caso, diciendo *Humili loco, seu a parentibus pauperrimis ortus*, que no el usar términos injuriosos, como los que él empleó en su *Salterio* y luego reprodujo en su crónica, llamándolo falsamente artesano. Y es que, aunque él mismo no se hubiera contradicho, el propio sentido común hacía

17. Agostino Giustiniani (1470-c.1537), genovés, obispo de Nebbio (Córcega), que en sus *Castigatissimi Annali* —una crónica de la república de Génova—, de 1537, indicaba que Cristóbal Colón había nacido «de padres plebeyos, siendo su padre tejedor de paños de lana y él tejedor de paños de seda», incidiendo sobre lo ya indicado en 1516 en su *Biblia Políglota (Psalterium hebraeum, graecum, arabicum et chaldaicum, cum tribus latinis interpretationibus et glossis)* en la que se incluía una nota marginal que contenía la frase «Christophorus cognomento Columbus, patria Genuensis, vilibus ortus parentibus». El ejemplar de los *Annali* poseído por don Hernando se conserva aún en la Biblioteca Colombina.

ver que un hombre que se dedicase a algún arte manual u oficio tenía que nacer y morir en él para llegar a aprenderlo a la perfección, y que no hubiera ido peregrinando desde su mocedad por tantos lugares ni hubiera aprendido tantas letras ni tanta ciencia como sus obras muestran que poseyó, y especialmente en las cuatro ciencias más importantes que se requieren para hacer lo que él hizo, a saber, la astrología,¹⁸ la cosmografía, la geometría y la náutica. Pero no es de extrañar que Giustiniani se atreva a mentir en un aspecto como este, del que no hay datos, si tenemos en cuenta que con respecto a las cosas perfectamente claras de su descubrimiento y navegación introdujo, en medio folio que escribió en dicho *Salterio*, doce mentiras a las que me referiré brevemente, sin extenderme en responderle para no cortar el hilo de mi historia, dado que por lo que en ella se recoge y por lo que otros escriben se comprobará la falsedad de lo que aquél dijo.

La primera, pues, es que el Almirante fue a Lisboa a aprender la cosmografía de un hermano que allí tenía. Es, precisamente, lo contrario: fue él el primero que se trasladó a vivir a aquella ciudad, y el que le enseñó a su hermano lo que sabía.

La segunda falsedad es que, nada más llegar a Castilla, los reyes católicos Fernando e Isabel aceptaron su propuesta. [Ello sólo tuvo lugar] tras siete años y fue una idea exclusivamente suya, en la que nadie creía.¹⁹

La tercera falsedad es que se lanzó al descubrimiento con dos navíos, lo cual no es cierto, porque fueron tres las carabelas que llevó.

La cuarta es que la primera isla que descubrió fue La Española. Se trató, por el contrario, de Guanahaní, a la que el Almirante llamó San Salvador.

La quinta falsedad es que esa misma isla Española estaba habitada por caníbales, hombres que comen carne humana. Lo cierto es que los habitantes que allí encontró eran la mejor y más civilizada gente que hay en aquellas tierras.

La sexta falsedad es que capturó en combate la primera canoa o barca de indios que vio. Es cierto, por el contrario, que en aquel primer viaje no guerreó con indio alguno, sino que mantuvo la paz y la amistad con ellos hasta el día de su salida de La Española.

La séptima falsedad es que volvió por las islas Canarias, cuando en realidad no es esa la ruta que siguen los barcos al regresar.

La octava cosa falsa es que desde aquella isla envió un mensajero a los reyes antes mencionados. La verdad es que, como hemos

18. Es decir, la astronomía.

19. En este párrafo hemos debido romper la puntuación original y completar el texto, que de otro modo hubiera resultado incoherente. El fallo puede deberse a un raro descuido de Ulloa o, más probablemente, a una errata de imprenta.

dicho, no fue aquella la primera isla que tocó, y que el mensajero fue él mismo.

La novena cosa falsamente escrita es que en el segundo viaje volvió con doce navíos, cuando es notorio que fueron diecisiete.

La décima mentira es que llegó a La Española en veinte días, cuando es un período demasiado breve incluso para llegar a las primeras islas. En realidad, necesitó más de dos meses, y llegó a las otras mucho antes.

La undécima es que arribó enseguida a La Española con dos barcos, cuando es sabido que fueron tres los que llevó para ir a Cuba desde La Española.

La duodécima falsedad escrita por Giustiniani es que La Española dista cuatro horas²⁰ de España, siendo así que el Almirante cuenta más de cinco.

Y, además de esto, para añadir a las doce una decimotercera, dice que el extremo occidental de Cuba dista seis horas de La Española, alejando más a La Española de Cuba de lo que está España de La Española. Así que, por la poca diligencia y el descuido con que se informó y escribió sobre la realidad de cosas tan claras se puede deducir el grado de información que poseía sobre lo que era mucho menos claro. De modo que él mismo se contradijo, como hemos demostrado.

Pero, dejando aparte esta diferencia, con la que creo que ya he enojado a mis lectores, diremos solamente que, por los muchos errores y mentiras que se hallan en dicha *Historia* y en el *Salterio* de Giustiniani, la Señoría de Génova, teniendo en cuenta las falsedades en las que incurre, ha dictado penas contra los que la tengan o lean, y con gran diligencia ha ordenado recuperarla de cualquier lugar al que haya sido enviada para que por decreto público sea anulada y eliminada.²¹

Así que volveré a nuestra inicial intención, concluyendo que el Almirante fue hombre de letras y gran experiencia, y que no se dedicó a cosas manuales ni oficios mecánicos, como su grandeza y la perpetuidad de sus maravillosas gestas exigían. Y pondré fin a este capítulo con lo que escribió en una carta suya al aya²² del príncipe don Juan de Castilla, que reza así:

Yo no soy el primer Almirante de mi familia. Que me llamen como quieran, porque, a fin de cuentas, David, rey sapientísimo, había sido pastor y se convirtió en rey de Jerusalén. Y yo siervo soy del mismo Señor que lo llevó a él a tal estado.²³

20. Horas astronómicas, es decir, de 15 grados cada una.

21. No hay la menor constancia de que esto haya tenido lugar.

22. Doña Juana de Torres.

23. Algunos historiadores consideran este fragmento, del que no hay constancia escrita, como una falsificación o invención de don Hernando.